

mario José testa
1962

TITULO: QUE SUCEDIO EN LA HISTORIA
CAPITULO V. LA REVOLUCION URBANA EN LA MESOPOTAMIA

AUTOR: V. GORDON CHILDE

CURSO: ESTABLECIMIENTOS HUMANOS

PROF: EDUARDO NEIRA ALVA

SOLO PARA DISTRIBUCION INTERNA

Instituto de Salud Colectiva
Universidad Nacional de Lanús

CAPITULO V
LA REVOLUCION URBANA EN LA
MESOPOTAMIA.-

La metalurgia, la rueda, el carro tirado por bueyes, el asno de carga y el buque de vela constituyeron los cimientos de una nueva organización económica. Sin ella los materiales nuevos seguían siendo artículos de lujo, los oficios nuevos no marchaban, los inventos nuevos eran simplemente comodidades. Las sociedades que vivían, si bien precariamente, en las estepas sirias o en las mesetas del Irán, como las que habitaban las costas mediterráneas y las zonas templadas de Europa, podían aún andar sin sentir la necesidad imperiosa de afrontar la formidable tarea de reconstruir todo el edificio de la barbarie neolítica. Los valles aluviales de los grandes ríos ofrecían un ambiente más exigente, pero también mayores recompensas materiales a cambio de su explotación. En ellos las aldeas de la Edad del Cobre se transformaron en ciudades de la Edad del Bronce, merced a los procesos que hemos descrito más detalladamente en *Man Makes Himself*.

En la antigua Sumeria (Shinar en la Biblia), pequeña región no más extensa que Dinamarca, sobre el delta del Tigris y el Eufrates, la transformación puede ser investigada paso por paso en el registro arqueológico. Sumeria era un territorio nuevo recién levantado sobre las aguas del Golfo Pérsico por el sedimento que acarreaban los dos ríos. Estaba aún cubierto de vastos pantanos, llenos de altas cañas, interrumpidos por bancos de barro y arena, e inundados periódicamente por las crecientes. A través de tortuosos canales, entre las cañas, las aguas barrosas fluían lentamente hacia el mar. Pero en ellas abundaban los peces; los cañaverales albergaban muchas aves silvestres, cerdos salvajes y otros animales, y en cada pedazo de terreno emergente crecían palmeras datileras que ofrecían todos los años una cantidad considerable de nutritivos frutos.

Por contraste con el desierto que yacía a ambos lados, esta jungla debe haber parecido un paraíso. Si alguna vez las crecientes podían ser

dominadas y canalizadas, los pantanos desagotados y los áridos bancos regados, se convertiría seguramente en un Edén. El suelo era tan fértil - que no resultaba imposible aprovecharlo cien veces. En verdad, documentos que datan del año 2500 a. C., indican que el rendimiento medio en un campo de cebada equivalía a ochenta y seis veces la siembra. Aquí, pues, los agricultores podían producir fácilmente un excedente por encima de sus demandas domésticas.

Lo necesitaban, por otra parte; las materias primas requeridas para su equipo no les eran proporcionadas con tanta generosidad. Del barro aluvial no se puede recoger piedras o pedernales adecuados siquiera para las herramientas cortantes más sencillas. Esas sustancias, al igual que la madera y la piedra de construcción, tenían que ser importadas de regiones exteriores al delta. Pero los canales del río no sólo unen toda la llanura, sino que proveen caminos móviles sobre los cuales las embarcaciones pueden transportar fácilmente los materiales esenciales, desde los territorios montañosos aguas arriba, o desde el otro lado del Golfo Pérsico. El comercio era necesario, pero también relativamente fácil. Además, si de todas maneras tenían que importar el material para hachas y cuchillos, ya advertirían que el cobre es más económico y más duradero que las piedras y los pedernales.

Los primeros exploradores llegaron a Sumeria con un equipo análogo al que hallamos en innumerables túmulos de la Edad del Cobre en Irán, y casi idéntico al de las aldeas al'Ubaid en Siria y Asiria. En el terreno artificial que ganaron mediante el esfuerzo colectivo - con obras de desagüe y riego -, construyeron aldeas similares, chozas de caña y cobertizos de adobe, y sin duda también templos para las deidades protectoras, como en Asiria. Pero ya se daban cuenta de que resultaba más barato importar cobre que obsidiana o piedras - las herramientas de metal son relativamente más comunes que en Siria - y acostumbraban estampar sellos con mayor frecuencia. Los restos de estas aldeas han sido encontrados en los solares de casi todas las ciudades históricas de Sumeria - Erech, Eridu, Lagash, Ur -, pero no más lejos, aguas arriba, en lo que luego fue Akkad.

En todos estos solares las aldeas bárbaras de los primeros colonos al'Ubaid están separadas de las ciudades "históricas" más antiguas (en las cuales hallamos documentos escritos legibles) por cincuenta o más pies de detritus, que se han acumulado, como en los tells asirios e iraníes, merced a las sucesivas reconstrucciones de los poblados nucleares. En los niveles intermedios aparecen nuevas "culturas", reflejadas en los cambios de los estilos cerámicos y en los ritos fúnebres, en la introducción de la rueda del alfarero, la gradual sustitución de sellos cilíndricos por marcas, etc. Ellos deben exteriorizar la afluencia de nuevos pobladores con nuevas tradiciones, que se amalgamaron con los colonos iniciales, formando una sociedad estratificada con tradiciones compuestas. Entre la cultura al'Ubaid y la primera civilización histórica o dinástica primitiva. Los arqueólogos distinguen por lo menos dos fases, Uruk y Jemdet Nasr, respectivamente, ambas representadas no sólo en Sumeria, sino después de Akkad, al norte, en la confluencia del Diyala y el Tigris, cerca de Bagdad, y remontando el Eufrates hasta Mari, frente a la boca del Khabur. Así también por los datos escritos posteriores, los filólogos deducen la presencia de tres grupos lingüísticos: los jafetitas (conocidos solamente por inferencias sacadas de unos cuantos nombres geográficos); los semitas (que hablan un idioma afín al hebreo y el árabe) y los dominantes sumerios. (No es posible todavía adherir estos rótulos lingüísticos a las culturas discernidas por los arqueólogos, pero se sabe que en Sumeria se escribía el sumerio antes de finalizar la fase Uruk y que en Mari próximo el comienzo de la fase dinástica primitiva, se usaban los caracteres sumerios para transcribir los nombres semíticos).

Antes de cerrarse la fase Uruk en Erech, las ruinas de las sucesivas poblaciones ya habían formado un tell de unos sesenta pies de alto. En la parte superior ya no nos hallamos en el Prado de una aldea, sino en la plaza de una ciudad-catedral. En primer plano yacen las ruinas de un gigantesco templo que mide más de 245 pies por 100 dedicado a la diosa Inanna. Detrás, contigua al templo de Anu, se levanta una montaña artificial o ziggurat, de treinta y cinco pies de alto. Está cons -

truída con barro y ladrillos secados al sol, pero sus paredes en agudo declive han sido consolidadas clavando en el enladrillado húmedo to da vía miles de vasos de alfarería. Una escalera conduce a la cima, plata forma cubierta de asfalto. Sobre ella hay un templo en miniatura que mi de más de 73 pies por 57 pies 6 pulgadas, y comprende un largo aposento dedicado al culto, con estrechas cámaras a cada lado y un altar o un í dolo en un extremo. Las paredes, de ladrillos blanqueados y maderas im portadas, estaban ornamentadas con nichos y contrafuertes, y tenían cla raboyas; las puertas cuyos marcos eran de madera de pino importada, es taban tapadas con esterillas.

La erección de estos monumentales templos y de estas mon tañas artificiales, la manufactura de ladrillos y vasos de alfarería, la im portación de la madera de pino (desde Siria o las montañas iránias), y del lapislázuli, el plomo y cobre para adornar los templetos, presupone una cuantiosa fuerza de trabajo, es decir, una gran población. Desde el pun to de vista de su magnitud, la comunidad ha crecido, hasta llegar a ser, no ya una aldea, sino una ciudad. También se ha enriquecido.

Los artesanos, jornaleros y trabajadores del transporte tal vez hayan sido "voluntarios" inspirados por un entusiasmo religioso. Pero si no recibían una paga por su labor, por lo menos han debido ser ali mentados mientras trabajaban. Esto implica que se contaba con un exce dente de materias alimenticias para su manutención. La feracidad del sue lo, que permitía al labrador producir mucho más de lo que podía con sumir, suministró ese excedente. Pero su inversión en los templos sugiere algo confirmado por los documentos posteriores: que los "dioses" lo con centraron y lo distribuyeron entre sus servidores. Quizá estos dioses eran proyecciones de la sociedad de los antecesores y considerados como los creadores -y por lo tanto, dueños eminentes- del suelo. que la so ciedad misma había conquistado al desierto y a los pantanos, gracias al esfuerzo colectivo de las generaciones pasadas.

Pero los dioses, siendo ficciones, debieron tener repre sentes reales, por lo común sus servidores especializados, quienes sin du da contribuyeron en mucho a dar forma concreta a los seres imaginarios,

e interpretándolos, deben haber inventado sus deseos. Los templos presuponen corporaciones de sacerdotes. ¿Comenzaron éstos en las "sociedades secretas", tales como las que entre algunas tribus bárbaras modernas han monopolizado los rituales otrora comunales? (pág. 98). En las primeras crónicas históricas los sacerdotes sumerios formaban corporaciones tan eternas como los dioses a quienes servían y mantenían: en cuanto hombres, podían morir, pero las sedes vacantes encontraban nuevos ocupantes. Presumiblemente ya en el cuarto milenio éstos habían emprendido la no improductiva tarea de administrar las propiedades de los dioses y dirigir las obras en que se invertía su riqueza excedente.

La construcción de un templo era una tarea cooperativa. El trabajo de los cientos de participantes debía ser coordinado y dirigido, y el todo planeado exactamente de antemano. Los contornos del templo eran trazados con cuerdas antes de empezar las paredes. En la cumbre de la montaña artificial se ha encontrado, mucho antes del que hemos descrito más ariba, el plano fundamental de un templo, marcado en el piso de betún por las delgadas líneas rojas que dejaba una cuerda coloreada. De otras ciudades y épocas posteriores tenemos planos de templos dibujados según escala en tabletas de arcilla. Los sumerios creían que los dioses mismos diseñaban tales planos y se los revelaban a los hombres en sueños. Pero los verdaderos arquitectos eran con toda probabilidad los sacerdotes.

En un templo posterior, que corresponde todavía a la fase de Uruk de Erech, y también en la fase siguiente, en Akkad, aparecen tabletas de arcilla sobre las que hay garabateados dibujos y cifras simbólicos. Son cálculos, precursores directos de las tabletas más antiguas que hoy podemos leer. Como administradores de las propiedades del templo, los sacerdotes deben rendir cuentas de su mayordomía a un amo celoso y a sus colegas de la corporación perpetua. De aquí que hayan aprobado un método convencional para registrar las entradas y salidas con signos escritos que serán intelegibles a todos sus colegas y sucesores; han inventado así la escritura. Poco después del año 3000 a.C. se torna también plenamente inteligible siéndolo también para los filólogos modernos, de modo que los documentos nos hablan a través de milenios. Examinemos con su ayuda las ciudad

dades sumerias del período dinástico primitivo, o sea la primera mitad del Tercer Milenio a.C.

La ciudad misma está circundada por un muro de ladrillos y un foso, a cuyo amparo el hombre encontró por primera vez un mundo propio, relativamente protegido de la presión inmediata de la cruda naturaleza exterior. Se levanta en un paisaje artificial de huertos, campos y praderas creado sobre lo que antes eran cañaverales, marismas y desiertos, por la actividad colectiva de las generaciones precedentes, que construyeron diques y cavaron canales. Estos, al desecar la tierra y hacerla fructífera, abastecen también a los ciudadanos de agua y peces, y traen a los muelles mercancías de lejana procedencia.

Aun por sus dimensiones materiales la ciudad contrasta con la vieja aldea. Insignificante, desde luego, en comparación con Londres o Nueva York, representa, no obstante, una nueva magnitud en la población humana. Ur, con sus canales, puertos y templos, ocupaba unos ciento veinte acres; los muros de Erech encierran una superficie de dos millas cuadradas. Un gobernador de Lagash, una de las ciudades menores de Sumeria, sobre la cual acontece que estamos excepcionalmente bien informados, alega reinar sobre diez "shars" de hombres; en números redondos, literalmente treinta y seis mil, y quizá referido sólo a los varones adultos.

La unidad espiritual y económica del nuevo conglomerado estaba expresada de la manera más patente en los templos de los dioses, erigidos sobre plataformas artificiales y rematados por el descollante zigurat, pero que comprendían también graneros, almacenes y talleres. Los dioses, en su carácter de representantes de la tribu y de los clanes, son dueños de los campos labrantíos creados por el trabajo social; la tierra de la ciudad, según los indicios, ya es poseída en forma individual, mientras la pradera sigue siendo común. El territorio tribal de Lagash, por ejemplo, se presenta dividido en las fincas de unas veinte deidades, cuyo dominio supremo es ejercido quizá por el dios principal de la ciudad o tribu. Su consorte, Baü (la contabilidad de su templo se ha conservado casi intacta), poseía diecisiete millas cuadradas. Co

mo en el caso de la tierra arable de un clan bárbaro, el uso de las tres cuartas partes de esta superficie, dividida en parcelas de dimensiones variables, era adjudicada a familias individuales. Lo demás lo retenía Baü en carácter de "finca personal", que era trabajada por asalariados, por arrendatarios que pagaban a modo de renta el equivalente de un séptimo o un octavo de lo producido, o por la labor consuetudinaria de los restantes miembros del clan.

En su templo trabajaban veintiún panaderos, que percibían sus "salarios" en cebada, siendo ayudados por veintisiete esclavas, veinticinco cerveceros con seis asistentes esclavos; cuarenta mujeres que preparaban la lana de los rebaños de la diosa, hilanderas, tejedoras, un forjador y otros artesanos, funcionarios, amanuenses y sacerdotes. El templo contaba también con un equipo que proporcionaba a sus empleados: herramientas de metal, arados, animales para la labranza, carretas y botes. Baü poseía además animales reproductores, inclusive un toro semental importado de Elam. (El ganado estaba expuesto a degenerar en las llanuras bochornosas si periódicamente no era cruzado con razas de la montaña).

En consecuencia, el templo aparece como una especie de casa divina, versión enormemente aumentada de la casa patriarcal de la barbarie. Pero en esta casa las diversas tareas que cumplían colectivamente los miembros de una casa neolítica (pág. 68) se han diferenciado y dividido entre especialistas, cada uno de los cuales se concentra en la ejecución de una de las funciones que una economía neolítica sólo sería una parte de la faena cotidiana. Así las distintas operaciones de la industria textil, todas las cuales habrían sido realizadas por el ama de casa de la barbarie, se han asignado a tres grupos distintos de artesanos. Los especialistas, retirados de tal modo de la producción directa de alimentos, son nutridos por el excedente que obtienen y almacenan en sus graneros los arrendatarios del dios.

La nueva clase de artesanos especialistas que iban surgiendo antes de la revolución es abastecida del mismo modo y encuadra fácilmente en la organización del templo. Pero, si bien tiene asegurada comida y vivienda, el forjador, por ejemplo pierde la libertad y el renombre gana-

dos por su pericia durante la barbarie (pág. 87). Debe vender su oficio y sus productos al jefe de la casa, y sus materias primas provendrán del almacén de ésta. La misma suerte amenaza a otros artesanos que aparecen más o menos en esta época: vidrieros, joyeros, grabadores de sellos, et cétera.

El sistema de casas divinas garantiza la explotación racional de la tierra, la conservación de canales esenciales y la producción de un excedente en proporciones suficientes para sustentar a una población notablemente aumentada. Pero las casas divinas no eran unidades encerradas en sí mismas, sino unidas todas bajo el dominio de Ningiru. La población urbana está lejos de agotarse en la anterior enumeración, basada en listas primitivas de salarios, correspondientes a los templos, sino que incluía además mercaderes profesionales o comerciantes, los cuales no pertenecían a una casa divina en particular, de manera que muy pocas veces figuran en las listas de empleados del templo, nuestra principal fuente para determinar las profesiones en el período dinástico primitivo. El registro arqueológico, de todos modos, ofrece pruebas abundantes con respecto a la actividad de los comerciantes.

Las importaciones, según lo destacamos en la página 100, eran fundamentales para poder vivir en una llanura aluvial. Alrededor del año 3000 a.C. el cobre o el bronce, la madera de construcción, la piedra, por lo menos para molinos de mano y huecos de puerta (en el Oriente antiguo las puertas de madera no tenían goznes, sino que giraban sobre una piedra ahuecada, colocada en la base de la jamba), se habían convertido en necesidades para la población urbana. El oro, la plata, el plomo, el lapislázuli y otras sustancias preciosas fueron consideradas también necesidades para los dioses. Estos y otros materiales se importaban con bastante regularidad, a juzgar por las cantidades encontradas en las ruinas, y más aún en las tumbas de la fase Jemdet Nasr y subsiguientes. El cobre llegaba sobre todo de Oman (Magan), en el Golfo Pérsico, pero probablemente también de las montañas orientales: el estaño se obtenía quizá en Drangiana, Irán Oriental, en Siria, Asia Menor, incluso en Europa. Los montes Tauro constituían una importante fuente de plata y plomo. La

madera provenía de las montañas del Noroeste, y tal vez también de las cadenas costeras de Siria; la piedra de mejor calidad, de Oman, el lapis lázuli de Badakshan, al Noreste de Afganistán, las madreperlas del Golfo Pérsico, conchas *Cypræa* de la India peninsular. En verdad el comercio era tan intenso y activo que traía de las ciudades del valle del Indo artículos manufacturados: sellos-amuletos, perlas, y quizá hasta jarrones de alfarería.

El personal contraído a estos negocios debía ser heterogéneo. Por las razones aducidas en la página 70, acaso fuera reclutado en parte entre los salvajes que sobrevivían en los límites del desierto, o por lo menos entre las tribus nómadas dedicadas principalmente al pastoreo. Quizá hayan sido los semitas, que en períodos históricos posteriores se destacaban en todas partes como comerciantes. Las condiciones del comercio eran agobiadoras. Las caravanas debían cruzar marismas, desiertos y cadenas de montañas; las flotillas no sólo tenían que abrirse paso a lo largo de canales y cauces tortuosos, entre bancos de arena y pantanos, sino también desafiar las aguas abiertas del Golfo Pérsico y tal vez las del Mar de Arabia. Debían atravesar territorios de tribus extranjeras, a quienes persuadían con obsequios u obligaban por las armas a permitirles el tránsito y suministrarles agua y todo cuanto les hacía falta.

En consecuencia, el transporte resultaba caro. Los comerciantes necesitaban, además de las mercancías, víveres y un equipo para el viaje, medios de compra y defensa.

En los terminales debieron establecerse agencias semipermanentes para la recaudación de los fletes y cargamentos, de la misma manera que las empresas europeas han establecido "factorías" y colonias en las costas de Africa y China o en las ciudades del Levante y Estambul. Han quedado muchos documentos y cartas comerciales que pertenecían a una de esas colonias mercantiles, establecida a comienzos del Segundo Milenio en Kanes, en la meseta del Asia Menor, y dedicada a la exportación de cobre, plata y plomo desde las minas turcas. Referencias que hallamos en epopeyas posteriores denotan que existía ya alrededor del año 2500 a.C.

En virtud de estas condiciones el "comercio" en el Oriente, en cuanto a la difusión de la cultura, era un factor más poderoso de lo que es hoy. Los artesanos libres podían viajar con las caravanas buscando un mercado para su oficio, mientras que los esclavos formaban parte de la mercadería. Estos junto con toda la caravana o la tripulación de la nave, debían hospedarse en la ciudad de destino. Los forasteros en un país extraño pedían los consuelos de su religión, así como la colectividad inglesa residente en una nación católica o mahometana desea un servicio anglicano dominical. Una escena esculpida en un jarrón por un artista sumerio local, rescatado de una ciudad en ruinas sobre el Diyala, describe un culto indio que se celebraba aparentemente en un templo local de Akkad. Si los cultos se transmitían de esta guisa, las artes y oficios útiles podían difundirse con análoga facilidad. El intercambio promovió la mancomunidad de la experiencia humana.

En tales condiciones el comercio, siendo vital para su subsistencia, aumentó la heterogeneidad de las poblaciones de las ciudades. Estas, de acuerdo con el testimonio de la filología y la arqueología, ya constaban de valores lingüísticos y culturales dispares. Los indispensables mercaderes, compelidos por su profesión a viajar, no podían ser obligados a comerciar con una ciudad solamente, y los artesanos podían aun vender sus oficios en el exterior; las crónicas primitivas de Lagash hablan de un hombre de la ciudad vecina de Umma que trabajaba en la cervecería de Bañi. Como orden social, destinado a unir estos elementos discordes, el principio bárbaro del parentesco se estaba convirtiendo en una ficción muy gastada.

Ahora bien, en realidad pueden descubrirse huellas de totemismo en los símbolos de las deidades y en las representaciones de las escenas de cultos, cuyos participantes están vestidos como animales. Las fincas divinas, parcelas que eran asignadas -quizá periódicamente- al "pueblo" de la deidad, derivan tal vez de las tierras que el clan poseía en forma comunal, y que en muchas sociedades bárbaras eran distribuidas anualmente entre los integrantes del clan, a fin de que las cultivaran. Pero ya en la época de las primeras crónicas Lagash no existe

siquiera una aproximación a la igualdad de lotes en esos campos labran-
tíos comunales. Mientras que muchos componentes del "pueblo" de Baü han
poseído sólo de 0,8 a 2,5 acres, un alto funcionario de un templo poseía
35,5 acres. Además, aunque todos los miembros de una casa divina podían
ser en teoría servidores del dios, las condiciones de servicio eran muy
diferentes para los administradores sacerdotales, por una parte y los
arrendatarios, asalariados y esclavos por otra. Los campesinos y peones
agrícolas sólo recibían una porción del producto de su trabajo. Con el
excedente reunido por el templo, se pagaba a los panaderos, cerveceros y
otros artesanos, un modesto salario en cebada; los esclavos que les ayu-
daban apenas percibían lo estrictamente necesario para su manutención.

En verdad, antes del año 2500 a.C., la casa divina había deja-
do de parecerse a un hogar feliz. Los abusos que perturbaron su armonía
son expuestos con curioso primor por Urukagina, de Lagash en un decreto
tendiente a restaurar el orden antiguo tal "como había existido desde
el comienzo". Sacerdotes favorecidos practicaban diversas formas de ex-
torsión (recargando el precio de los entierros, por ejemplo), y conside-
raban la tierra, el ganado, el equipo del dios (es decir, la comunidad)
como su propiedad privada, y a los servidores del dios, como esclavos
personales. Entonces "El Supremo Sacerdote entró en el huerto de los po-
bres...y sacó madera de allí". "Si la casa de un gran hombre era conti-
gua a la de un ciudadano común, el primero podía anexarse la humilde vi-
vienda sin pagar la debida compensación a su dueño". "Si el súbdito te-
nía un asno pasable y su amo le decía «Lo compraré», el privilegiado
comprador muy raras veces pagaba una suma que conformara los deseos del
propietario". A pesar de su rústico lenguaje, este texto arcaico nos
brinda reflejos inequívocos de un verdadero conflicto de clases.

El excedente producido por la nueva economía se concentraba en
realidad en manos de una clase relativamente reducida. Esta concentra-
ción era necesaria, sin duda, para la acumulación de contribuciones in-
dividuales absolutamente pequeñas en reservas suficientes para las gran-
des tareas impuestas a la sociedad civilizada. Pero dividió a la socie-
dad en clases y originó una contradicción más en la nueva economía. Por

que limitó la expansión de la industria y, en consecuencia, la absorción de la población rural excedente.

Puesto que sólo los "dioses" y sus servidores favoritos estaban en situación de comprar los productos de las nuevas industrias, la demanda efectiva de esos productos siguió siendo escasa. Sólo unos pocos artesanos podían asegurarse la subsistencia satisfaciendo esa demanda. Por lo demás, como en la economía neolítica, los hijos de los prolíficos campesinos debían encontrar nuevas tierras para labrar. Así, mientras el trabajo de mejoramiento, la lucha contra el desierto y los pantanos podían satisfacer esta necesidad, la guerra contra las ciudades vecinas para apoderarse de los territorios que sus ciudadanos ya habían tomado aprovechable, habría podido presentarse como una salida más fácil para la superabundancia de población, al igual que en una comunidad bárbara.

Sea como fuera, aunque todas las ciudades de Sumeria y Akkad poseían una cultura uniforme, y tal vez porque todas dependían de las aguas de los mismos ríos, cada una era políticamente independiente y propensa a luchar contra sus vecinos. Los documentos legibles más antiguos, aparte de las tablétas de contabilidad, describen guerras entre las ciudades adyacentes de Lagash y Umma por la posesión de una faja de territorio fronterizo. Los implementos bélicos de metal constituyen un elemento prominente en el mobiliario de todas las tumbas primitivas. Aun en la fase Uruk, algunos sellos lucían grabados con escenas de batallas. Naturalmente, los ciudadanos también tendrían que repeler los asaltos de bárbaros famélicos venidos desde el límite del desierto, que lanzaban miradas llenas de envidia a la riqueza urbana y a las tierras de las ciudades, creadas por siglos de labor.

Para refrenar estos conflictos hizo necesaria una nueva institución. A comienzos del período histórico, había emergido el Estado, pero estaba plasmado en la sola persona del gobernador urbano o rey, que puede ser simplemente el "rey cereal" y el jefe guerrero amalgamados y magnificados. Los amanuenses sumerios posteriores pretendían que "la reyecía había descendido de los cielos" miles de años antes de la mítica inundación, o sea el Diluvio de Noé según la tradición hebrea. En el registro

arqueológico los palacios y las insignias reales eran enteramente eclipsados por los templos y sus mobiliarios durante las fases Uruk y Jemdet Nasr. Pero los símbolos existentes en algunos sellos primitivos quizá sean representaciones pictográficas de títulos reales. Y al surgir las inscripciones descifrables, tal vez alrededor del año 2750 a.C., se presentaban también los nombres "reales".

Los primeros gobernadores urbanos generalmente se titulaban a sí mismos "agricultores-arrendatarios" (del dios) -ishakku-, muy pocas veces Lugal o "rey". Pero en su carácter de representante del Estado, un gobernador de Lagash, Urukagina, interviene en el decreto-reforma de la página 109 para reprimir las exacciones de los ricos, aparece en realidad "como un poder evidentemente superior a la sociedad, pero necesario para moderar el conflicto de clases y mantenerlo dentro de los límites del orden".

El gobernador urbano debía su autoridad, por una parte, a una identificación mágica con el dios principal de la ciudad, es decir, quizá fuera el actor que desempeñaba el papel de la deidad en algún drama de la fertilidad como el que hemos descrito en la página 73. Es indudable que en épocas anteriores el rey personificaba al dios de esta manera en los grandes festivales anuales. Por otra parte, la autoridad mágica del ishakku era reforzada al menos por el poder temporal que le confería su calidad de jefe durante la guerra. El rey vencedor aplastando a sus enemigos, es uno de los temas predilectos en el arte dinástico primitivo.

Como lugarteniente en la tierra del jefe del panteón local, el gobernador urbano unía las diversas "casas divinas" en una especie de familia más vasta, bien que ahora en forma puramente metafórica. En Lagash las distintas deidades adoradas por los ciudadanos eran concebidas como parientes, al igual que los miembros de una casa patriarcal. En consecuencia, bajo el reinado de Urukagina, el ishakku era sumo sacerdote del dios principal. Ningirsu: su esposa era suma sacerdotisa de la consorte de Ningirsu, Baü, y así sucesivamente. No obstante, en los primeros documentos históricos son los dioses de las ciudades quienes van a

la guerra y logran victorias; el premio prometido no es descrito como una faja de territorio de Lagash, por ejemplo, sino como el campo de Nin girsu; cuando se concluye un tratado de paz, es redactado en nombre de las deidades de los beligerantes.

Como representante del dios "tribal", el ishakku recibe la parcela más grande de las tierras del clan -en Lagash usufructuaba 608 acres de la finca de Bañ solamente- y de los "impuestos", réplicas civilizadas de los obsequios que habitualmente se ofrecían a un jefe bárbaro. En representación del dios también recibe una cuota esencial en el botín conquistado por la deidad victoriosa. El gobernador urbano llegó a concentrar de tal modo una considerable porción del producto excedente de la tierra. Los dioses mismos podían ser deudores de la munificencia del gobernador. En inscripciones primitivas, éstas, con orgullo especial, se solazan hablando de la construcción u ornamentación de los templos. Pero esas inscripciones recuerdan también la inversión del excedente acumulado en obras productivas: construcción de canales o de graneros. Registran también las expediciones enviadas a Oman y otros países extranjeros, en busca de metal, piedra, madera y otras materias primas, necesitadas por los oficios. En esta medida los artesanos estaban sujetos al ishakku respecto de los suministros que requerían. "La población industrial dependía del gobernador urbano en cuanto a sus materias primas". En verdad, después del año 2500 a.C. el comercio en metales, vital para la industria de armamentos, se transformó, al menos por períodos y en teoría, en un monopolio real. De todos modos, el rey, como el Estado, era el comprador principal de metal y artículos similares, dominando así el mercado.

No obstante, el Estado urbano de la Mesopotamia no alcanzó (como lo afirma Heichelheim) la posición privativa de un Estado totalitario moderno, el ishakku no fue nunca por entero un Führer. Las corporaciones del templo podían mantener siempre una cierta libertad económica e intelectual, por más que dependieran de la magnanimidad del gobernador urbano, las corporaciones perpetuas de sacerdotes eran más permanentes que cualquier dinastía temporal. Los gobernantes podían ser depuestos

por revoluciones internas o subyugados por rivales extranjeros. El clero conservaba su continuidad a pesar de los cambios dinásticos; los conquistadores generalmente respetaban los templos y a menudo los embellecían tan generosamente como los gobernantes nativos. Al mismo tiempo, siempre en el año 2500 ac.C., y con frecuencia después, hasta 1800, la pequeña región de Sumeria y Akkad fue dividida en una multitud de Estados urbanos independientes, que ofrecían mercados alternativos para los artículos exóticos, los productos industriales y los oficios de los artesanos.

Naturalmente, los gobernantes urbanos ambiciosos buscaban en la contradicción mencionada en las págs. 110-111 una excusa para eliminar tal competencia, estableciendo hegemonías para sí mismos, sus dioses y ciudades. En 2000 a.C., los historiadores sacerdotales de Sumeria creían que una ciudad u otra había disfrutado siempre de tal soberanía sobre toda la tierra. Algunos modernos también han visto en la adoración universal de las deidades como Enlil, cuyo templo principal estaba en Nippur, el reflejo de la unión política en la época prehistórica. Pero los documentos contemporáneos que nos quedan no aportan pruebas definidas acerca de la supremacía de una ciudad respecto a todas las demás, hasta alrededor del año 2500 a. C., fecha en que Lugalzagzi de Umma conquistó una cantidad de ciudades. Pero también su "imperio" fue transitorio. Después, por vez primera, el semita Sargón, advenedizo gobernante de una ciudad nueva, Agade -la tradición dice que era hijo de un jardinero-, llevó a cabo una verdadera unificación que duró alrededor de un siglo. Repitieron su obra los reyes sumerianos de Ur, Hammurabi de Babilonia y otros. Pero con Sargón termina el período dinástico primitivo.

El nuevo orden económico no sólo otorgó a la jefatura bárbara la santidad de la reyecía y confirmó a sus poseedores la autoridad de un Estado territorial, sino que por su misma naturaleza, suscitó también un novedoso método de transmitir la experiencia humana -correcto e impersonal- y produjo ciencias de un nuevo tipo, exacto y capaz de anticipar resultados precisos. Ya hemos mencionado en la página 104 la

invención de la escritura y la creación de un alfabeto durante la fase Uruk en Sumer. Ello merece más que una ligera referencia no sólo porque ese paso estaba impregnado de consecuencias portentosas para la historia subsiguiente de la humanidad, sino además porque en ninguna otra parte del mundo el proceso de la formación de un sistema de escritura - un lenguaje escrito, en realidad - se halla ilustrado por toda una serie de documentos contemporáneos, desde los primeros experimentos hasta la final adopción de una ortografía convenida; porque, muy afortunadamente para nosotros, desde el principio los sumerios emplearon para escribir tabletas de arcilla que mediante la cocción se tornaban imperecederas.

Según se ha explicado ya, las corporaciones perpetuas de sacerdotes estaban investidas de la pesada tarea de administrar las acumulaciones sin precedentes de los bienes pertenecientes a las deidades sumerianas. La administración por tales corporaciones de los ingresos de los templos en nombre de un amo divino requería llevar cálculos exactos de todas las entradas y salidas; los servidores de un dios debían ser capaces de rendir cuentas de su mayordomía. El informe debía ser inteligible no sólo para el funcionario que lo hacía, sino para su sucesor y para todos los participantes en la empresa común. No era útil un sistema privado de señales recordatorias, como un nudo en un pañuelo, por ejemplo. El jefe de la cervecería debía anotar qué cantidad de cebada recibía y cuánta cerveza y de qué fuerza entregaba, con símbolos que no sólo le recordaran algo, es decir, que significaran algo para él, sino que significaran lo mismo para su sucesor, para el inspector de los graneros y otros colegas.

La invención de un sistema de escritura fue precisamente un acuerdo sobre los significados que la sociedad debía asociar a los símbolos que usaba para sus objetivos comunes. Los símbolos (caracteres) de las tabletas más antiguas son en su mayor parte dibujos a menudo autoexplicativos. Podemos llamarlos pictogramas (y a una escritura compuesta por ellos, pictográfica). Pero hasta el pictograma más simple es más o menos convencional. Para denotar un asno no es necesario dibujar traba-

josamente sobre la tableta el minucioso retrato de un asno determinado; bastará un esbozo simplificado y abreviado. Las abreviaturas usadas en las tabletas más antiguas muestran todavía cierta variedad; pero rápidamente se uniforman. Esto significa que gradualmente se convino en una determinada versión simbólica de un asno, sancionada por el consenso de la corporación.

Esta idea se desarrolló en base a otra subyacente en los dibujos sobre sellos del período al'Ubaid, pues éstos habían sido impresos en arcilla y ya asumían significados simbólicos (pág. 97). También las abreviaturas especiales usadas como caracteres habían sido sugeridas a veces por los grabados de los sellos.

Ahora bien, los dibujos no podrían representar convenientemente muchas cosas que había que registrar. Superóse esta dificultad resolviendo adjudicar a un dibujo un significado completamente arbitrario. Por ejemplo, se escogió un jarro con pico para designar una determinada medida de volumen, digamos un gur. Dibujando trazos en el cuerpo del jarro, podían distinguir un gur de cebada (dos trazos) de un gur de cerveza (tres trazos). Esto se efectuaba ya en el Cuarto Milenio a. C. Los signos no aludían solamente a cosas, sino a ideas o palabras (nombres). En lenguaje técnico: los caracteres ya no eran puramente pictográficos, sino también ideográficos. Adoptando nuevos dibujos y aprobando más modificaciones y combinaciones arbitrarias, hubiera sido posible ampliar el sistema a fin de que expresara la mayor parte de las ideas que debían registrarse. Así lo hicieron los chinos posteriormente.

Los sumerianos siguieron una vía diferente. La mayoría de los nombres comunes sumerianos eran palabras de una sola sílaba; boca, por ejemplo, es ka. Así el dibujo de la cabeza humana que designaba la palabra ka y la idea "boca", designaba también el sonido ka. Logró de esa manera un valor fonético, pudiendo ser usado como símbolo fonético o fonograma. Con las combinaciones de tales fonogramas era posible ahora pronunciar nombres y palabras compuestas, en vez de inventar para ellos nuevos signos (ideogramas). Los sumerianos redondearon esta idea en el período dinástico primitivo. Conservaron una cantidad de dibujos conven-

cionales, usándolos todavía como ideogramas. Pero también los usaban fonéticamente para pronunciar palabras. Muy a menudo deletreaban una palabra y agregaban un ideograma (llamado determinativo en este texto) para indicar qué clase de palabra era. Por lo tanto, el número de signos correctos no aumentó en el desarrollo de la escritura (como sucedió en China), sino que realmente disminuyó; en las primeras tabletas de la fase Uruk quizá se hayan usado unos 2000 signos; poco después de 3000 a. C. el número común se había reducido a 800; en 2500, a unos 600.

Al mismo tiempo los signos se simplificaron. Por razones de comodidad y rapidez, los dibujos se hacían con tanto descuido que muchas veces no guardaban ninguna similitud reconocible con el objeto expresado por el ideograma. Por último ya no fueron delineados, sino formados por las marcas que un punzón cuneiforme dejaba en la arcilla. De aquí que la escritura mesopotámica sea llamada cuneiforme. La escritura con signos fue evidentemente inventada por los sumerianos para escribir el idioma sumeriano de la manera que acabamos de describir. Pero las poblaciones urbanas eran cosmopolitas y en Akkad, por lo menos, incluían a muchos semitas. Después del año 3000 a.C., los caracteres sumerianos eran usados fonéticamente para transcribir los nombres de reyes semíticos. Pronto los semitas llegaron a emplear la escritura de signos para documentos oficiales y comerciales en idioma akkadiano (semítico), deletreando las palabras semíticas y usando también ideogramas.

La anotación de cifras era tan necesaria como una escritura de signos. Para apuntar los renos muertos en una cacería comunal o las ovejas de un rebaño aldeano, salvajes y bárbaros se limitaron a hacer marcas en un palo. Para enumerar las grandes manadas de un templo civilizado o el contenido de un granero urbano, tal anotación sería intolerablemente fastidiosa. Debía crearse una convención para ahorrarse la penuria de hacer cientos de ranuras en la tarja o cientos de puntos en la tableta que la reemplazaba. Los números menores de diez se indicaban simplemente según el viejo estilo, mediante grupos de una a nueve impresiones semicirculares hechas con una caña que se sostenía en forma oblicua. Pero el diez se expresó con un símbolo nuevo: el círculo resultan-

te al estampar la caña verticalmente en la arcilla, 20 con dos círculos semejantes y así sucesivamente. Al medir cantidades de cerveza, se introdujo un nuevo símbolo, un semicírculo hecho con una caña más grande, que expresó la cifra 60; pero al medir granos, dicho semicírculo representaba el número 100 en las tabletas más antiguas. Así en otros tiempos se usaba una anotación decimal (1, 10, 100) y una sexagesimal (1, 10, 60, - 3600), simultáneamente. En su momento el sistema decimal fue abandonado y después del año 2500 a.C. sólo se empleó el denominado cálculo sexagesimal.

Todos los quebrados, con excepción de $2/3$, se expresaban siempre como partes alícuotas, es decir, fracciones con la unidad por numerador; las fracciones cuyo numerador era mayor que la unidad, tenían que resolverse en una suma de partes alícuotas; por ejemplo, $3/4$ se convertía en $1/2 + 1/4$. Naturalmente, la aritmética práctica del Cuarto y Tercer Milenio tuvo muy poca necesidad de usar estas torpes sumas, porque trataba con medidas y pesos concretos. Para expresar cinco sextos de una mina se escribía 50 dineros, por ejemplo.

Debido a su carácter convencional el sistema de escritura y cálculos, tuvo que ser perpetuado a través de la educación. Para llenar sus deberes de administradores, los sacerdotes tuvieron que aprender a leer y escribir, es decir, se les enseñó los significados y los valores fonéticos asignados arbitrariamente a los caracteres por sus colegas, del mismo modo que debe enseñarse a cada niño los significados atribuidos por la sociedad a los sonidos de su idioma hablado (pág. 16). Las escuelas llegaron a ser un apéndice obligado del templo. Por supuesto, ayudaron a uniformar y mantener las convenciones aprobadas. A causa de que en todos los templos y ciudades, desde los tiempos de Jemdet Nasr, se aceptaron y emplearon los mismos signos y convenciones, las corporaciones sacerdotales deben haber contribuido a esa obra educativa en una escala "internacional".

Las colecciones de tabletas más antiguas que se conservan, muestran, junto a los cálculos, listas de signos. Estos habían comenzado tal vez como simples constancias de las convenciones reconocidas; fueron esenciales desde el principio para fijar y mantener las normas aprobadas.

Sin duda eran copiadas con el objeto de usarlas en las escuelas, donde resultaban no menos necesarias. En el período dinástico primitivo se habían transformado en cabales diccionarios. Naturalmente, como las primeras listas eran colecciones de ideogramas y establecían la forma, era impracticable un ordenamiento alfabético, por más que a nosotros nos parezca lo más cómodo y natural. En su lugar, fueron agrupadas las palabras que se expresaban con signos-dibujos similares: por ejemplo, todas las palabras denotadas por el dibujo abreviado de un jarrón (valor fonético duk) y las modificaciones de éstos, constituyen un grupo. En consecuencia, se clasificaban juntos no sólo las diversas clases de jarras, sino también su contenido -cerveza y leche- y aun las medidas. Generalmente se seguía el mismo principio cuando llegaron a compilarse diccionarios de palabras deletreadas, aparte de las listas de ideogramas. Estas, además, se limitan a los sustantivos; no comprenden verbos ni adjetivos. Luego las listas de ideogramas y de palabras se amplían por la adición de una columna, en la que figura el equivalente semítico (akkadiano).

Las monumentales obras realizadas por los Estados y los templos gracias al trabajo colectivo, y las actividades mercantiles de las corporaciones sacerdotales y comerciantes particulares, requirieron la unificación de pesos y medidas, acuerdos concluidos por la sociedad para el uso de unidades comunes. La medición, claro está, es necesaria hasta para los salvajes y los bárbaros. Pero para sus simples necesidades, bastan las normas concretas de comparación que la naturaleza suministraba ya hechas: el largo del dedo, la palma o el antebrazo, el peso de un grano o de una jarra llena. Si un labrador, por ejemplo, cortaba vigas para techar su granero, podía medir el espacio a cubrir su mando tantos antebrazos (tantos codos) y utilizar este antebrazo para medir la longitud requerida en las maderas. Pero si cien o más jornaleros cortaban vigas para un templo sumeriano y cada hombre usaba su propio brazo como unidad de medida planteábase un serio problema. No todos los brazos humanos son de la misma longitud, de modo que algunas vigas medidas con su ayuda no alcanzaban a cubrir el templo, mientras que o

tras se proyectaban más allá de sus paredes. El codo personal o natural (antebrazo) debe ser reemplazado, pues, por un codo social o convencional aceptado por todos los trabajadores como norma de comparación. La norma reconocida tenía que ser inscrita después en patrones de madera o metal que reemplazaran a los miembros individuales. Desde luego, se ha lló conveniente hacer del codo convencional un simple múltiplo (en la práctica quíntuplo) del "dedo", unidad de medida inmediatamente menor, y parte alícuota (un sexto) de la unidad inmediatamente superior, y así sucesivamente.

De igual manera, "granos" o "cargas" uniformes convencionales reemplazaron a los diversos granos naturales y a las cargas reales, en la medición de cereales y otras materias empleadas con propósitos social es les. Las nuevas unidades convencionales de peso estaban relacionadas nu méricamente en la misma forma simple que las unidades de longitud, est an do representadas por pesas talladas de hematita, tales como las que en cuentran a menudo los excavadores. De paso, digamos que antes de que es tas normas pudieran establecerse y utilizarse, debió haber sido inventa da la balanza.

Finalmente, la cooperación organizada de una población urbana requiere divisiones de tiempo más exactas que las que se ne cesitan en u na aldea rural. Los sumerios convinieron en dividir el día y la noche en doce horas dobles (de ahí nuestro día de veinticuatro horas) e idea ron instrumentos para medir esos intervalos: una especie de cuadrante solar y un reloj de agua fabricados según el principio del reloj de are na. Pero para el año se contentaban con llevar un calendario lunar, aun que los doctos escribas, mediante la observación del cielo, conocían la extensión del año sideral y al menos en épocas posteriores corrigieron las discrepancias entre el calendario y las estaciones, intercalando un mes suplementario cuando las observaciones astronómicas indicaban la ne cesidad de una corrección.

Las ciencias exactas fueron corolario directo de los acuerdos so cial es precedentes. La complicada economía que había engendrado a éstos demandó también una aritmética y una geometría que pudieran pronosticar

resultados cuantitativos. A los escribas sumerios no les interesaban las propiedades de los números como tales, ni la medición del espacio vacío abstracto (probablemente no podían concebir nada semejante), ni tampoco del desierto o el mar incultivables. Pero, en cambio, necesitaban saber -por lo menos aproximadamente- qué cantidad de semillas debía reservarse para sembrar los campos del dios, cuántos ladrillos debían encargarse para la pared de un templo, cuánta tierra debía juntarse para un ziggurat o un dique, y cuántos hombres se necesitarían para terminar la tarea en el plazo señalado; la unidad de superficie era una medida del cereal, la palabra equivalente a "volumen" significa literalmente "montón de tierra". Los motivos a cuadros hechos con tanta facilidad sobre esterillas de cañas coloreadas, y tan comunes en los vasos pintados de la fase Jemdet Nasr, ofrecían demostraciones visuales de nuestra regla, acerca de que el área de un rectángulo se obtiene multiplicando el largo por el ancho. Una pila de ladrillos daba la "fórmula" correspondiente al volumen.

La misma forma de anotación numérica habría ilustrado gráficamente las reglas de cálculo más sencillas, si no las hubiera tomado familiares el sistema de contar con los dedos. La multiplicación no es más que una suma repetida: "22 por 4" significa sumar cuatro 22". Antes del año 2500 a.C., los sumerios habían advertido los resultados de tales sumas y trazado tablas de multiplicar, semejantes a las que aprendemos en la escuela. También en las tabletas pictográficas del Cuarto Milenio las superficies de los campos se obtienen calculando el largo por el ancho. Muy pronto se determinó, aproximadamente, con una verdadera medición, la relación de la circunferencia de un círculo con su diámetro, o sea lo que nosotros llamamos π . Los sumerios aceptaron la aproximación preliminar 3, cuya exactitud fue suficiente para estimar el contenido de un granero cilíndrico, que naturalmente se verificaba pesando o midiendo la cantidad de ladrillos requerida para un cuerpo de columna, donde no importaban unos cuantos sobrantes, pudiendo corregirse fácilmente las irregularidades de forma.

Las reglas aritméticas y geométricas que aplicaban los escri

bas sumerianos fueron los verdaderos prototipos de las "leyes" cuantitativas de la ciencia moderna. Reducían a una forma numérica generalizada las relaciones entre clases de objetos del mundo exterior que se habían observado o medido. Señalaban a los hombres cómo había que obtener un resultado deseado. Evidentemente, no necesitamos molestarnos en preguntar los nombres de los descubrimientos de las leyes. Sin la más leve sombra de duda, son productos sociales engendrados por las necesidades de una sociedad influida por la revolución urbana y descubierta con la ayuda del equipo espiritual que originara la revolución.

La observación de las estrellas resultó tan eficaz para indicar el período de iniciación de las faenas agrícolas, que los sumerios se persuadieron de que, con iguales medios, podían predecir lo impredecible. En otras palabras, la astronomía condujo a la astrología, en cuyo ejercicio estudiaron los movimientos de los cuerpos celestes, de manera no poco provechosa para los herederos culturales de los sumerios.

La revolución urbana provocó, o por lo menos reforzó, otra convención que asimismo condujo a la uniformación, generalización y cuantificación. La nueva economía había acrecentado tanto el intercambio de mercancías y servicios, que llegó a demandar una norma común en función de la cual pudieran ser medidas y valuadas las distintas clases de mercancías. Esta norma convencional de valor constituía al mismo tiempo un medio de intercambio con el cual podían recompensarse todos los servicios (es decir, pagarse los salarios) y comprarse toda clase de artículos. La primera norma aprobada socialmente fue la cebada, sostén vital que todos necesitaban y para cuyo logro debían trabajar y producir mercancías; aún en el período dinástico primitivo los salarios y rentas se pagaban principalmente en cebada.

Pero ya el metal -la plata y, para pequeñas sumas, el cobre- había sido aceptado en general como el medio y la norma más conveniente, y continuaron siéndolo en la Mesopotamia durante dos milenios. Pero las unidades no eran monedas, garantidas en cuanto a calidad y peso por un Estado, sino cantidades pesadas para cada transacción de acuerdo con las normas de peso aprobadas. No obstante, la adopción de una norma metáli

ca. convencional equivale a la transacción hacia una economía monetaria a partir de lo que se denomina economía natural. En ésta un objeto era permutado por otro; ahora a todos se les podía poner precio (en tantos sínclos de plata o gurs de cebada), siendo comparados cuantitativamente.

La riqueza puede valorizarse ahora no en alimentos, esclavos y mercancías susceptibles de ser consumidos, usados y poseídas, sino en función de "la mercancía de la mercancía", el medio abstracto general que no puede ser consumido pero sí cambiado por cualquier mercancía consumible o servicio útil. En consecuencia, la "producción para el mercado" de objetos que se vendían por plata puede empezar a sustituir la producción para el uso de mercancías deseadas por el fabricante mismo, o encargadas por alguien que las desea y promete al fabricante una inmediata y selecta retribución.

Además, se considera que la nueva riqueza generalizada posee la propiedad de multiplicarse y reproducirse, inherente a sus formas primarias: el cereal y el ganado. Al igual que el grano y el ganado en pie, puede ser tratada como capital y usada para asegurarse un aumento: la ganancia. En consecuencia, se cargará un interés por cualquier préstamo. En la sociedad mesopotámica, la clase comerciante -en gran parte semítica-, que desde los días de Sargón era cada vez más conspicua y próspera, desarrolló y explotó de modo brillante estas ideas, que estaban destinadas a tener efectos revolucionarios, ahondando el resquebrajamiento de la organización gentil, engendrando una nueva clase media y aceitando la maquinaria de la producción. En la sociedad sumeria de la era dinástica primitiva el proceso disolvente recién comenzaba.

En Elam, al este de la Mesopotamia, el valle inferior del Kerkha, río que aún en el año 700 a.C., corría directamente hacia el Golfo Pérsico, al este del delta del Tigris y el Eufrates, ofrecía un ambiente muy similar al de Sumeria, pero en menor escala. Las excavaciones en Susa revelan, si bien con menor nitidez que en Uruk o Erech, las etapas sucesivas de la revolución urbana. Los diversos pasos parecen estrictamente paralelos a los que hemos descrito antes, hasta el final de la fase Uruk; a tal punto son sorprendentes las analogías en la cerámi-

ca y los dibujos de los sellos. También la escritura pictográfica (denominada protoelamita) trazada en las tabletas de arcilla, que marca la culminación de la revolución comparte muchas convenciones con la escritura sumeria de las tabletas Uruk y Jemdet Nasr, aunque la anotación numérica parece exclusivamente decimal. Sin duda la civilización elamita no sólo se basaba en los mismos elementos que la sumeria, sino que estaba organizada también de manera muy semejante.

En consecuencia, Elam y Sumeria se desarrollaron por sendas divergentes, o bien más exactamente, Elam no participó del progreso de la era dinástica primitiva, Así la escritura pictográfica protoelamita no se transformó espontáneamente en una escritura de signos que podamos leer. Al cerrarse el Tercer Milenio fue simplemente superada por la cuneiforme desarrollada, la cual fue adaptada para transcribir el idioma local. Nuestro conocimiento de Elam en ese intervalo es indirecto y fragmentario.

Susa había continuado siendo una potencia militar y un centro comercial influyente. Los elamitas lograron irrumpir en Sumeria y Akkad y extendieron sus dominios en el interior, hasta Sialk, Irán(pág.81).Su comercio llegó a la India, y también a la Mesopotamia. Pero al final Elam se convirtió en una provincia del sistema económico y cultural mesopotámico, y a partir del año 2100 o 2000 a.C. fue incorporada políticamente, en carácter de tributaria, al Imperio de la Tercera Dinastía Sumeria de Ur.